

El problema general de las dependencias y el concepto de depresión anaclítica

Romolo Rossi*

Summary

This work explains the problem of addictions by means of the psychoanalytic concept of anaclitic depression. After considering some common aspects of this phenomenology in various addictions, the absence of a psychoanalytic model in the DSM-III-R is mentioned.

The toxicomaniac behavior might be the result of a compensatory impulse due to serious early lack of affect. It might be the recovering phantasy of childhood nostalgia, which the narcissistic trauma prevented from elaborating it in a mature way.

The adult control that permits the independence of the individual is exemplified by Goethe's ballad of the sober King of Thule.

Resumen

En este estudio se explica el problema de las dependencias por medio del concepto psicoanalítico de la depresión anaclítica. Tras señalar algunos conceptos comunes de la fenomenología de diversas adicciones, se apunta la ausencia de una matriz psicoanalítica en el DSM-III-R.

La conducta toxicománica tendría que ver con un impulso compensatorio frente a graves carencias afectivas tempranas. Existiría una fantasía recuperatoria de una nostalgia infantil a la que el trauma narcisístico no permitió elaborar de manera adulta.

Se ejemplifica este control adulto que permite la independencia del sujeto, con la balada de Goethe sobre el sobrio Rey de Thule.

Cada vez es menos fácil aislar las diferentes situaciones de dependencia: alcoholismo, dependencia a los opiáceos, a los carbohidratos, a sustancias diversas, a las situaciones, a las personas, a las instituciones, al trabajo, a los ambientes. La marginalidad neurótica de los llamados equivalentes depresivos parece, en realidad, superada hoy en día, pero es posible individualizar un cuadro clínico que va desde las formas de apariencia melancólica, con *taedium vitae*, a las formas de aspecto hipocondríaco o neurasténico, de aspecto caracterial, hasta el alcoholismo o las dependencias a sustancias, que tienen como elemento común la necesidad de apoyarse sobre el objeto de amor, o de la presencia constante de la atención somática, en el sentido más arcaico (o sea como presencia directa de la persona, la institución o la sustancia química) y en el cual el momento de la separación no se elabora, ni existe la

posibilidad de constituir el objeto interno y la autocontención mental. Estas formas podrían ser entendidas como "trastorno de dependencia" o como "depresiones anaclíticas", si no fuera porque el término remite a otras dimensiones. El DSM-III-R no lo señala porque le falta por ahora la referencia unitaria, es decir, la profundidad de la matriz psicoanalítica. Esto lleva a considerar que la teoría del duelo y la melancolía (basada en la tríada: pérdida de objeto, introyección, e investimento narcisista) permanece todavía como el punto unificador de la nosología de las depresiones, y es de gran utilidad en el estudio de la depresión, lo que confirma la observación de Emde, sobre la gran capacidad del psicoanálisis para producir hipótesis y construir modelos teóricos para la investigación.

En la dependencia existe pues, por lo menos desde el punto de vista psicoanalítico, una situación profunda bastante específica: podremos entenderla como una situación psicopatológica precisa siempre que se entienda el concepto desde un punto de vista dinámico y no estrechamente nosológico, con el cual, por el contrario, surgirían algunas dudas.

No se trata de una enfermedad psíquica bien delimitada, sino de un trastorno regresivo de necesidades no evolutivas, o si se quiere, de un síndrome de necesidad anormal.

La psicopatología específica de las dependencias se sitúa, por lo tanto, en las situaciones de fragilidad y de alteraciones del equilibrio narcisista: deberemos relacionarla con las vicisitudes en el equilibrio de los aportes emotivos y globales infantiles, y con una historia del desequilibrio de las tensiones antiguas ligadas con la diada aporte-frustración.

Separar a las dependencias de su origen histórico personal y emotivo, para colocarlas en una línea interpretativa completamente social y paradójicamente ahistórica, en el plano personal, ha favorecido su marginación, actualmente en aumento de manera evidente.

Creo que las alteraciones del equilibrio narcisista que se plantean, se pueden expresar en numerosas y diferentes formas equivalentes, como se ha señalado, de las que tres de ellas poseen delimitaciones clínicas precisas: el grupo de las depresiones, el de los trastornos psicosomáticos, y el del trastorno por el uso de sustancias, de las cuales forma parte el alcoholismo.

El mundo de la patología depresiva es, por su profundidad, un mundo que mira hacia atrás, que no puede tolerar ninguna pérdida o alejamiento, y que sólo puede estar en una posición nostálgica. De esta manera se encuentra, más allá de la patología, un elemento

* Clinica Psichiatrica II°. Istituto di Clinica Psichiatrica dell'Università di Genova. Ospedale S. Martino. 16132 Génova, Italia.
(Traducción de H. Pérez-Rincón).

común al hombre, o sea, la dependencia (droga, alcohol, tabaco, trabajo, instituciones) a lo largo de momentos totalizadores y sin finalidad que repiten de manera interminable la nostalgia infantil.

Esto lo demuestra el índice general de lo que se encuentra generalmente detrás de muchas dependencias, y que se resume en la pérdida de amor: falta de uno o de los dos padres, familia disintegrada, frustraciones que conciernen al ideal del Yo, frustraciones sexuales e incertidumbre acerca de la propia identidad. En estos casos siempre se observa una especie de voracidad y de insaciabilidad compulsiva, ligada a la regresión oral como defensa antidepresiva. Por otra parte, los individuos encuentran ajustes aceptables tanto en el alcoholismo, como en el tabaquismo, la obesidad, la toxicodependencia y la dependencia a situaciones laborales, por medio de una dosificación tolerable, o entran en la patología (de bebedor moderado a alcohólico, de fumador moderado a fumador autolesivo, de fumador de marihuana a heroínómano y del gusto por el buen comer a la obesidad) delimitando así lo normal de lo patológico de una manera completamente artificial y lábil.

En este sentido, la dependencia grave es respecto a la depresión, lo que la depresión es a la manía, en el sentido de que, sobre todo en el alcoholismo, es fácil ver actos compensatorios, como la fantasía sobre el control omnipotente de la realidad, la negación de la pérdida y el triunfalismo, junto con la estructura eufórico-disfórica del humor.

El concepto de inmovilidad explica, tal vez, un dato clínico con el que contamos actualmente. Esta inmovilidad, o esta gran dificultad para cambiar, es para los terapeutas una situación clínicamente negativa, porque cambiar quiere decir, en esta acepción, curar, y esto explica la viscosidad de estos estados y la escasa eficacia terapéutica de nuestras intervenciones médicas o psicoterapéuticas. El rostro vuelto hacia atrás, la nostalgia, es la condición indispensable para desarrollar el proceso analítico al filo del entonces y del ahora; pero una nostalgia intensa, exclusiva, ligada a las angustias arcaicas de pérdidas demasiado fuertes, y por ello intolerables, se pone al servicio de la inmovilidad narcisista, que es una resistencia frecuentemente insuperable para la curación.

En los dependientes, todo movimiento psíquico se fija a un posible retorno a ese antes, a un tiempo fabuloso y por lo mismo prohibido, fantaseado antes del trauma narcisista, siempre detectable en nuestros pacientes: el rostro vuelto hacia un pasado idealizado e imposible, la época de la relación dual en la que se negaba la peligrosidad de la sustancia absorbida en aras de la idealización, un pasado que se desvanece a medida que se trata de aproximarse a él.

Es esto lo que ocurre con nuestras nostalgias del mundo infantil; que nos decepcionan cada vez que tratamos de regresar, y que son la causa de esa especie de "*laudatores temporis acti*", que todos llevamos dentro, y tal vez de nuestras protestas ecológicas.

Se habla pues de nostalgia. Podremos también definirla como el retorno del pensamiento y de las emociones a una edad dorada, a una época precedente a la expulsión del Eden, cuando la relación dual tenía

la posibilidad, fantaseada e idealizada, de mantener imperturbable la satisfacción omnipotente de toda petición; cuando el Yo, la burbuja de la que habla Winnicott, se mantenía en una forma perfecta por un equilibrio imperturbable entre presión interna y externa. En este sentido, la nostalgia y la adhesión al mundo de la satisfacción oral no es sino el afán de fugarse de la perturbación, vivenciada como amenaza, de todo eventual trauma narcisista. Soledad, pero soledad para evitar los "*impingements*", los estímulos que la evolución y la progresión le provocarían al equilibrio narcisista. De ahí las falsas amistades, los engañosos comportamientos joviales y de compañerismo, la improbable socialización que frecuentemente ostentan algunos y que no son otra cosa que defensas de tipo maniaco.

Un sueño pues, un *soñar despierto* abortado porque no se realiza completamente, con componentes sublimados en una coherente creación fantástica, si no es que poética. Camino que todos utilizamos para proyectar, para disminuir las frustraciones, para colocar nuestros deseos en dimensiones más gratificantes, según el esquema de Freud en "*El poeta y la fantasía*". Aquí sería necesario hacer algunas observaciones sobre el *soñar despierto*. Basta observar que éste se constituye como una actividad que sobrestuctura la capacidad del individuo para hacerse una representación de los propios contenidos interiores y darle prevalencia a la realidad interna. Una vez definida la capacidad de fantasear como "una forma de la actividad del pensamiento que se mantiene independiente del análisis de la realidad, y que permanece sujeta solamente al principio del placer", podremos hablar de la función ecológica de la fantasía. Función que sería la de mantener en esa parte de la realidad interior, nostálgica y arbitraria, compatible con la existencia externa, precisamente aquello que falta, diríamos, en el dependiente. ¿Por qué entonces el fracaso de la función ecológica de *soñar despierto*?

Porque, según creemos, la capacidad sobreestructurante de la fantasía, la formación del "*ensueño diurno*" y su prolongación en la evolución psíquica, están ligadas a la superación de la posición depresiva. La experiencia depresiva se agota en el temor de la pérdida y en el proceso de interiorización que alcanza: faltan todas aquellas operaciones movidas por la experiencia de la pérdida, las cuales, además de la interiorización del objeto al que se debe renunciar, tratan de sustituir en la realidad al objeto primario con un nuevo objeto, por intermedio de un proceso de simbolización que después permitirá que el objeto sea defendido y protegido. La experiencia en nuestro caso no es sustitutiva, sino confusa, como conviene a un tipo de mundo interior arcaico, dual, en el cual el elemento fundamental del narcisismo es la situación de fusión, y por ello se observa en el plano de las relaciones objetales, la confusión entre objetos y entre el Yo y las cosas externas a él.

Trataremos de profundizar y definir nuestra hipótesis. El problema, según la etiqueta general, es el trastorno del equilibrio narcisista, cuyos 3 sinónimos son la depresión, la disfunción psicosomática y la dependencia.

Puede alcanzarse una sensación omnipotente de autosuficiencia global por diferentes itinerarios. Existen posibilidades de manipulación endógena e inconsciente de la representación psíquica de la realidad, que puede ser "restituida" en una configuración interna. Una excitación maniaca constante puede representar también un modelo alterno respecto de la posición depresivo-ansiosa de quién está obligado a reconocer el fracaso de sus propias tentativas de relación objetal, sin la posibilidad interior de elaborar sus motivaciones. En esta dimensión, no obstante, la realidad sólo puede vivirse constantemente de manera mecánica, ignorando por ello la complejidad real de todas las situaciones en las que entran en juego, además de las propias determinaciones conscientes, las del objeto: por ejemplo, las de otra persona con una vivencia propia y circuitos mentales particulares, misteriosamente preferentes. Se trata, en esencia, de una especie de agnosia concerniente a las variables externas que pueden interferir con la realización del propio deseo, lo que recuerda el problema de la nitidez de las fronteras entre lo interno y lo externo.

En esta perspectiva se puede considerar la observación de Rosenfeld, quien ha establecido un parangón entre las toxicomanías en general y la psicosis manícodepresiva: los dos polos del síndrome vendrían a coincidir con el esquema alterno del toxicómano, quien evoluciona desde el estadio en el cual adopta el tóxico de manera esporádica y circunstancial, hasta una situación más regresiva, en la cual la fase depresiva coincide con la abstinencia y se relaciona con la carencia, mientras que el momento de placer coincide con la introducción del tóxico mismo y la explicación de su actividad farmacológica. La situación de placer es reconstruida como momento cenestésico. Es inevitable referirse, por lo demás, al momento cenestopático de las situaciones patológicas que se individualizan como expresiones clínicas de la oralidad, y observar también la posibilidad de interconexión entre ellas.

La sustancia viene a convertirse en el "objeto-Yo" arcaico, como es igualmente arcaico el esquema del placer, que sería imposible percibir de otra manera con un mecanismo receptivo de incorporación, puesto que mientras que el niño tiene relaciones fundadas en la oralidad y en el seno como objeto parcial en un momento fisiológico del desarrollo, el adulto espera y busca la vida en la realidad. El adulto tiene, de manera inequívoca, relaciones objetales que tienden, no obstante, al alejamiento o a estar mediadas por las relaciones con la sustancia. Esto es evidente en las personas dedicadas a las sustancias, cuando éstas se convierten en su único mundo.

Por ello parece falaz la reivindicación de que las sustancias generan actitudes socializantes: los lotófagos se arremolinaban numerosos en torno a la nave de Ulises; tal vez alguno tiene su historia, pero ninguno se preocupa por contarla.

Charles Baudelaire (1821-1867) concluyó "*Du vin et du hachish*" (1851) contraponiendo en esta perspectiva los efectos de las dos sustancias. En realidad, en las *Fleurs du Mal* (1864), cinco emocionantes poemas dedicados al vino brindan otras tantas historias de megalomanía inconsistente y de soledad narcisista.

El adulto pierde así muchas posibilidades de establecer una relación con el ambiente, porque muchas de sus funciones están encaminadas a la re-vivencia, inconscientemente nostálgica, aparentemente melancólica, pero sin progresión. "...En el umbral y más acá de la melancolía, sin posibilidad de elaborar el duelo y de reconocer la pérdida original, detenido en la ilusión de la permanencia perenne del objeto arcaico..." El tóxicodependiente tiene por ello capacidad de establecer, paralelamente a las relaciones con objetos arcaicos, relaciones objetales más adultas, a diferencia de lo que ocurre en otras situaciones psicopatológicas más graves. Kohut define como "*splitting*" vertical a esta estructuración existencial. Efectivamente, frecuentemente el psicodrama que emerge cuando el dependiente narra su historia, se estructura como un drama con tres personajes:

- el sujeto,
- el objeto Yo, que según hemos visto, se identifica con la sustancia, y
- el objeto real que tiende a recuperarse de manera ambivalente, o sea, cargado de ambivalencia afectiva: por un lado el deseo de dominio y de posesión absoluta, que a causa del deseo obligado, se vuelve hiperdependencia; por el otro, el odio relacionado con la amenaza angustiante de la pérdida.

El destacar la manera en que la destructividad de estos pacientes (aún antes de convertirse en autodes destructividad física) está dirigida contra los objetos del mundo interno, nos conduce a lo que se ha expresado líneas arriba, es decir, a la manera en la que la sustancia responde a la búsqueda del dependiente para aligerar una tensión penosa, o en otros términos, para sustituir las funciones de las que carece la psique por medio de la introducción de la sustancia.

Pongamos un ejemplo que surge al individualizar el punto central de la depresión, relacionada con la pérdida, que es la necesidad. No nos cansaremos de decir que los dependientes son ejemplos, aunque inaparentes, de una paradigmática depresión crónica con necesidades anómalas. El sentido del término de neurosis narcisista, que el psicoanálisis ha adoptado desde siempre para indicar la depresión, está precisamente en esta imagen, que hoy podemos construir por el estado actual de los conocimientos analíticos, como la de un individuo en contemplación inmóvil del objeto primario perdido e introyectado, o sea de sí mismo. Es esto lo que me parece que quiere expresar una de las más famosas baladas de Goethe, El Rey de Thule, donde aparece la copa de oro. La imagen propuesta por Goethe es la de un bebedor sobrio, el Rey de Thule. Cada individuo abstemio, no dependiente, no deprimido, en el sentido preciso de individuo independiente, es el rey de esta balada de Goethe. Aquel que parece conservar la copa de oro como recipiente que tranquiliza y aplaca, y que al mismo tiempo le da el sentido de la realidad: Aparte del valor que tiene por su uso, es de oro, y por ello recibe la admiración de los demás. Se diría que es la herencia que deja la madre. En esta copa puede ser medido y dosificado el ardor de la vida, la "*Lebensglut*" que da la ebriedad, la carga instintiva, diríamos.

La excitación no puede oprimir al bebedor que más que al vino, contempla la copa: "*die Augen gingen ihm über so oft er trank darus*" (sus ojos se dirigían hacia ella cada vez que él mismo la bebía). Entre un banquete y otro, la copa permanece vacía, sin ansiedad y sin miedo. Nada, ni siquiera el vino ni la exaltación que provoca el sentirse precisamente Rey, ceñido por una corona real "es más importante que ella" (*es ging ihm nichts daruber*). O sea, que más allá de lo que se consume y se pierde es lo que queda como prenda fija a quien es abstemio y autónomo.

Intervienen muchas defensas de tipo maniaco y omnipotente en la confrontación de una posición depresiva similar, que implica ver, más allá de la *Lebensglut* y de la propia posesión de la copa que garantiza el control del Yo y por ello, en cierto modo, de los demás, que es bella por sí misma, que es de oro y sobre todo, que ha sido obsequiada por los demás. La fidelidad es hacia el objeto perdido del cual parece depender nuestro ser, antes que nuestro existir (Winnicott, Balint): una fidelidad que no es precisamente absoluta.

El momento de la fidelidad parecer ser un momento poético, de sentir la poesía en todo su sentido del hacer en cuanto que el objeto es personalmente re-

creado. Constituye el eje en torno al cual giran las defensas del individuo sano, capaz de recuperar, a largo o a mediano plazo, este sentir que remodela la realidad. Esto nos remite al área en la que la madre permite al niño descubrir el mundo externo según sus propias necesidades, pero con la promesa de cuidarlo; un cuidado graduado que va disminuyendo hasta desaparecer, y es entonces cuando el niño descubre que la madre es diferente de él, y que, por lo mismo, también los demás objetos son diferentes de él; la realidad externa. La copa parece tornarse en el mismo sujeto recipiente (*re-capire*), en su pensamiento: un pensamiento que es precisamente el retorno a la casa de la que emergió frente a un objeto externo que ha orientado y orienta, en el sentido propio de hacer nacer.

Por medio de la incorporación, el dependiente recupera un amor, aunque sea ambivalente, y una sensorialidad, aunque sea cualitativamente muy limitada.

"*Sommeillers, ô créateurs de nouvelles formes, rendez-moy de non beuvant beuvant*" (¡Bodegueros, oh creadores de nuevas formas, entregadme una ebriedad que no embriague!), brinda alguien en Rabelais. Es verdad, es una dudosa conversión hacia lo opuesto, casi milagrosa. La negación queda indemne. Pero tal vez se trate de conjurar una desintegración.

REFERENCIAS

- APA: *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*. Tercera edición. The American Association, Washington, D.C., 1987.
- BALINT M: *Primary Love and Psycho-analytic Technique*. Liveright, Nueva York, 1937.
- BEAUDELAIRE C: *Les Fleurs du Mal*. (Edición original, 1864) Ediciones Fabbri, Milán, 1982.
- EMDE R N: Development terminable and interminable. I. Innate and motivational factors from infancy. *Internat J Psycho-Anal*, 69(1):23-42, 1988.
- FREUD S: *Creative Writers and Day-dreaming* (Edición original, 1907) Edición Standard Vol.IX, pgs. 141-154. The Hogarth Press and the IPA, Londres, 1960.
- GOETHE J W: *Der König in Thule. Ballate, con Testo a Fronte*. (publicación original, 1773) Garzanti, Milán, 1975.
- KOHUT H: *The Analysis of the Self*. Internat Univ Press, Nueva York, 1971.

- KOHUT H: *The Restoration of the Self*. Internat Univ Press, Nueva York, 1977.
- KOHUT H: Selected problems of self psychological theory. En: J Lichtemberg, S Kaplan (Eds), *Reflections on Self Psychology*. Analytic Press, Hillsdale, N J, 1983.
- RABELAIS F: *Cinquiesme Livre de Pantagruel. Oeuvres*. (Edición original, 1564).
- ROSENFELD H: *Psychotic States: a Psychoanalytical Approach*. The Hogarth Press and The IPA, Londres, 1965.
- ROSSI R: I Lotofagi. *Rivista di Psicoanalisi*, XXVI(3):359-367, 1980.
- SPTIZ R A: *The First Year of Life*. Internat Univ Press, Nueva York, 1965.
- STERN D N: *The Interpersonal World of the Infant*. Basic Books, Nueva York, 1985.
- WINNICOTT D H: *From Paediatrics to Psycho-Analysis*. Basic Books, Nueva York-Londres, 1958.